

# libertad y manipulación

La obra de Karl Rahner *Libertad y manipulación en la sociedad y en la Iglesia* \* es el resultado de dos conferencias que pronunció el autor, la primera el 18 de Marzo de 1970, en la Academia Católica de Baviera, bajo el título "Libertad y manipulación en la Iglesia", y la segunda al día siguiente en Paderborn, bajo el título "Libertad y manipulación en la sociedad".

Este es un tema que, por referirse a realidades muy concretas de la vida social del hombre, es de la competencia casi exclusiva del sociólogo (o, en todo caso, del filósofo antropólogo). El mismo Rahner reconoce que no es un sociólogo, pero echa de menos en los modernos diccionarios de ciencias políticas y de sociología la voz "manipulación"; además la Teología abarca la totalidad del hombre.

En la primera parte de la obra analiza el autor el significado de los conceptos de "libertad" y "manipulación". El concepto de libertad es de gran actualidad pero de difícil definición: no está claro qué es libertad psicológica de elección responsable, cómo se puede fundamentar y verificar, cómo se relaciona con la libertad sociológica, hasta qué punto está determinado por su objeto, cómo es que subsiste la libertad para el mal, etc.

La libertad escapa últimamente a la reflexión y es, al igual que Dios y el hombre, algo incomprensible. Pero hay que luchar por ella: el carácter misterioso de la libertad nos ha de prevenir para no identificarla precipitadamente con algo concreto: libertad no es igual a liberación. La libertad religiosa no es independiente de la libertad sociológica. Es falsa la idea de que el hombre puede ser libre independientemente de que esté o no encadenado: la libertad es un bien que también se puede robar; la libertad interior religiosa depende esencialmente de la sociológica.

El sujeto religioso necesita un ámbito de libertad espacio-temporal que está históricamente condicionado y es manipulable. De ahí la importancia que tiene la libertad civil para la liberación del hombre por la

\* Pamplona, DINOR 1971, 92 págs.

gracia. El mensaje original cristiano no reflexionaba sobre este problema por hallarse sumido en un mundo estático y apenas modificable. Pero si la libertad es el contenido central del mensaje cristiano, también lo es la libertad civil, aunque ésta, por ser anterior a la religiosa, tiene su valor y justificación propios. La libertad no es un instrumento entre otros sino el fin mismo. La salvación eterna, meta última de la libertad, es "la eternidad salvada de esta vida concreta" y comienza ya en la historia real; por tanto, las posibilidades concretas de libertad actual son ya instantes de la propia eternidad. Y no vale decir que su pérdida quede suplida por la "visión beatífica", pues ésta está en función de nuestra realidad terrena.

La libertad es en sí infinita, pero su campo de posibilidades es siempre limitado: lo condicionan las leyes físicas, fisiológicas y psicológicas (que no constituyen aún manipulación) y la propia libertad de los demás (que sí puede alterarlo injustamente). Sin embargo, no toda alteración voluntaria del ámbito de la libertad ajena es inmoral: toda realización espacio-temporal de la libertad afecta inevitablemente a los demás; tal ocurre, de modo institucionalizado, con las leyes y costumbres sociales. El hombre está necesariamente manipulado por la sociedad, pero esta manipulación reviste a menudo formas pecaminosas, aunque no se tome conciencia de ello.

Tal manipulación se da también en la Iglesia y es un aspecto de la concupiscencia humana, la cual no radica sólo en la interioridad psicológica, sino también en la realidad social, en cuanto que ésta impide o dificulta la opción por el bien. La manipulación social no tiene la gravedad de la culpa personal, pero no es tampoco algo trivial o neutro, y por tanto hay que combatirla.

El hombre no es nunca un ser absolutamente libre ni absolutamente manipulado. Pero la suma de ambos elementos no es siempre legítima ni permanece inalterable: el hombre puede y debe ir aumentando el campo de libertad y disminuyendo el de manipulación. Con todo, esto ocurre dialécticamente en la historia: a unas manipulaciones suceden otras nuevas; de ahí la dificultad de planificar la lucha por la libertad.

En la segunda parte del libro Rahner analiza la postura cristiana frente a la manipulación. La relación libertad-manipulación no es estática, sino que se transforma, dando lugar a la historia de la libertad, que no es una historia fatalmente determinada sino creativa: nada surge espontáneamente, la meta final no está ya garantizada por el impulso intrínseco de la historia. Ni siquiera la promesa divina del triunfo final del Reino de Dios garantiza la historia de la libertad en este mundo.

Se ha dado siempre un escepticismo cristiano ante la historia de la libertad. Pero tal escepticismo no siempre es condenable: "el cristiano no puede esperar un paraíso intramundano dentro de la historia, en el que sólo predomine la libertad, ajena a todos tipo de manipulación". Además, el cristiano sabe que la victoria definitiva pasa siempre a través de la muerte. Pero ello no impide que el cristiano colabore en la historia de la lucha por la libertad: aunque la consumación de la historia viene del Dios que está sobre la historia, el escepticismo radical cristiano no ha de degenerar en conservadurismo estéril, como suele ocurrir. A la esperanza escatológica se oponen tanto el utopismo revolucionario como el conservadurismo sociopolítico. El cristianismo nos llama a una continua

evolución más que a una revolución permanente, pero eventualmente no hay que descartar la revolución.

“La mayoría de los cristianos convencidos y la totalidad de la Iglesia jerárquica se han mostrado desconfiados y recelosos ante esta historia de la libertad”, pero es preciso cooperar a ella, porque es posible que un máximo de libertad llegue a ser algún día la condición mínima para la subsistencia de la humanidad, tan amenazada hoy por el suicidio colectivo (cataclismos atómicos, etc.). Y así como el individuo no puede recurrir al suicidio para aclarar la llegada del Reino de Dios, así tampoco debe admitir el cristiano el suicidio colectivo de la humanidad, como una anticipación del Reino de Dios. Desgraciadamente, la “*Populorum Progressio*” de Pablo VI sigue siendo “un grito estéril en el desierto del ansia de consumo y de la indiferencia”.

En la parte tercera de esta obra Karl Rahner afronta el problema de la manipulación en la Iglesia. En la Iglesia, por ser una sociedad, se da inevitablemente la manipulación neutra, pero también se da una manipulación pecaminosa: “quienes ostentan el poder, también dentro de la Iglesia, pueden sucumbir más fácilmente a la tentación de enmascarar la pecaminosidad de sus relaciones con los otros, encubriéndola con una aparente tolerancia, paciencia, amabilidad, etc., todo lo cual puede ser utilizado para, bajo capa de naturalidad, legitimar un descomedido afán de poder”.

No sólo las personas, sino también las instituciones de la Iglesia, pueden obrar una manipulación pecaminosa. También en la Iglesia se ha de dar una historia de la libertad, siendo inválida una pretensión de equilibrio entre manipulación y libertad.

Más aún, la Iglesia ha de ser un modelo, una instancia crítica de libertad dentro de las sociedades mundanas; para lo cual, ante todo, ha de saber incorporar los adelantos de la sociedad profana en el campo de la libertad.

Finalmente, en la cuarta parte del libro, Rahner aplica las ideas expuestas a la estructura concreta de la Iglesia. También el magisterio eclesial, por cuanto que siempre es también praxis, se inscribe en la dimensión en que se dan libertad y manipulación. Hoy más que nunca es preciso brindar al teólogo y al cristiano un ámbito de libertad más claro frente a la doctrina del magisterio, eliminando presiones sociales y presentando como provisionales las disposiciones doctrinales que no son definitivas. El olvido de esto sólo puede perjudicar a la misma doctrina. Tampoco hay que olvidar el pluralismo teológico que es absolutamente legítimo. En este sentido llega a afirmar Rahner: “en muchos casos —por ejemplo en los referentes a la moral sexual y a la cuestión del celibato, etc.—, Roma y los obispos se limitan más bien a insistir en su autoridad formal de un modo que se antoja radicalmente ineficaz, en lugar de defender viva y convincentemente el tema en cuestión, con lo cual resulta que el asunto avala al testigo más que el testigo al asunto”.

En cuanto a la praxis, hay que tener mucho cuidado de no llamar capricho y desorden a toda actividad libre que no esté explícita y oficialmente reglamentada. La uniformidad no implica sin más un verdadero

orden, pues éste sólo puede darse “en la paz de una libertad que actúa desinteresadamente”.

En cuanto a las leyes eclesiásticas, las actuales deficiencias en su cumplimiento no se deben a excesiva libertad, sino a la falta de una educación en la libertad responsable.

Es necesario además una reinterpretación de la autoridad jerárquica, en la línea del desmantelamiento de las concepciones de carácter feudal y paternalista, hacia una comprensión funcional de la autoridad. Tampoco frente a las autoridades de la Iglesia ha de mostrar el cristiano de hoy unos sentimientos “infantiles” o un respeto “filial”: “seríamos forzosamente unos hipócritas, si dijéramos que nos sentimos “queridos hijos e hijas” del Papa o de los obispos”.

Por otro lado, es absolutamente lícita la formación de “comunidades de base”, cuyo derecho a existir no tiene por qué depender de la aprobación de la jerarquía, máxime cuando “la mentalidad *institucionalizada* de los obispos es, si se nos permite hablar así, feudalista, descortés y paternalista”.

La reinterpretación de la autoridad implica, finalmente, que las decisiones de la jerarquía se razonen ante el público, debiendo cada jerarca dar cuenta de lo que hace, en su totalidad, al pueblo fiel.

Es igualmente de desear una participación del pueblo en el nombramiento de sus jefes, como única forma de asegurar su confianza en éstos. Es más, “la misma autoridad jerárquica debería crear dentro de la Iglesia una serie de organismos que sean contrapuestos a aquélla y a su dinámica, y que así, en cierto sentido, sirvieran como instancias de control frente a la autoridad”.

Cierto que todas estas posibles soluciones no eliminarán para siempre la existencia de manipulación en la Iglesia, pero esto no justifica el dejarlo todo tal como está, prefiriendo el pasado al futuro.